

Rodolfo Cerrón-Palomino. *Tras las huellas del Inca Garcilaso: el lenguaje como hermenéutica en la comprensión del pasado*. Boston, Latinoamericana editores, 2013, 338 páginas.

El profesor Cerrón-Palomino nos regala una espléndida colección de estudios que dan fe de su larga y continuada relación con la obra del Inca Garcilaso de la Vega. Se trata, sin duda, de una ocasión para celebrar: el libro es el punto de llegada de una labor reflexiva de más de veinte años y sus capítulos, anticipados en forma de artículos académicos, se recogen ahora, gracias a la labor editorial del profesor José Antonio Mazzotti, en este volumen que muestra la coherencia del conjunto y que hará posible que los trabajos lleguen, como merecen, a un amplio número de lectores.

Al elegir el título de “Tras las huellas del Inca Garcilaso: el lenguaje como hermenéutica en la comprensión del pasado,” el profesor Cerrón-Palomino nos ofrece el primer comentario sobre su trabajo. Nos quiere señalar que su investigación busca iluminar los caminos que recorrió el Inca para incorporar la dimensión lingüística en el centro de sus *Comentarios reales*, las alternativas que enfrentó al hacerlo, los vínculos que estableció con las codificaciones del quechua anteriores a sus escritos, la manera como su dominio idiomático sustentó su autoridad y el modo en que empleó el método histórico de sus interlocutores andaluces en la construcción de su historia del Perú.

Pero me voy a permitir la libertad de leer el título de otra manera, desligarlo momentáneamente del Inca Garcilaso y aplicarlo al propio



doctor Cerrón-Palomino y a su obra. Desde este punto de vista, el título puede aludir a los caminos que ha seguido el profesor Cerrón-Palomino para explorar el tratamiento de la lengua en la obra de Garcilaso. Rodeado, como estoy, de amigos, colegas y discípulos de don Rodolfo, bien sé que no necesito ir en pos de los pasos de nuestro maestro que han culminado en este volumen de estudios. Señalo, no obstante, que sistemáticamente el profesor Cerrón-Palomino ha elegido la figura de Garcilaso para marcar ciertos ritos de pasaje en el curso de su propia vida profesional. Así, al incorporarse a la Academia peruana de la lengua, el Dr. Cerrón-Palomino veló sus armas disertando sobre los criterios con que el Inca Garcilaso recusaba la 'corrupción lingüística' de los cronistas españoles y asentaba la solvencia lingüística de sus opiniones. Hizo lo propio en el año 2002 al ingresar a la Academia nacional de historia en la que se ocupó de evaluar la información toponímica contenida en los *Comentarios reales*. En ambos casos estuvo acompañado por sus maestros y amigos. Enrique Carrión lo recibió en la primera corporación; Luis Jaime Cisneros, en la segunda.

Significativamente esos discursos constituyen ahora el marco de este libro convertidos en el primer y el penúltimo capítulos de la obra que comentamos esta noche. El Inca Garcilaso, entonces, ha acompañado al Dr. Cerrón-Palomino en esos importantes eventos y esa elección por parte suya acusa la importancia que le otorga a los temas garcilasistas. Me apresuro a indicar que he mencionado estos dos puntos de la obra sin la intención de reducirla a una evolución cronológica lineal ya que, en realidad, varios de los capítulos intermedios se escribieron después del año 2002. Sin embargo, me interesa señalar que el Dr. Cerrón-Palomino simbólicamente los ubica en esos lugares destacados de su libro porque reflejan el orden del descubrimiento intelectual de Cerrón de las tareas emprendidas por el Inca Garcilaso. Tomando así como dos puntos de referencia estos capítulos de la obra, cabe preguntarse ¿qué media entre ambas secciones del libro? En este punto quisiera compartir con ustedes una conversación con el profesor Cerrón-Palomino de allá por la primera mitad de la década de 1990. Cuando ese encuentro tuvo lugar, hacía unos años que había mostrado sintéticamente la unidad y diferenciación del quechua con la publicación de su fundamental *Lingüística quechua*, de

1987<sup>1</sup>, y de una serie de artículos sobre diversos aspectos de la historia de esa lengua y de su compleja y tensa relación con el castellano. Me dijo, entonces, que abrigaba el proyecto de escribir por etapas una lingüística andina. Entendí que se refería a un proyecto de largo aliento en el que, deteniéndose en los retos únicos y específicos de cada una de las lenguas presentes y pasadas de los Andes, iría realizando una exploración completa y comparativa de las lenguas que se hablaban y que se habían hablado en los Andes: identificando su distribución, destejando la maraña de vínculos que habían establecido entre sí, reconstruyendo sus cambios estructurales y vinculándolos en lo posible con los movimientos sociales que habían experimentado sus hablantes. Con el paso de los años, los amigos, colegas y discípulos del Dr. Cerrón-Palomino hemos asistido a la progresiva materialización de su proyecto. Me limito a mencionar los hitos más destacados. En 1994 dio a luz su sintética comparación del quechua y del aimara en su libro de *Quechumara* (con reedición corregida y ampliada, 2008). En 1995 reconstruyó el mochica en su monografía de *La lengua de Naimlap*. El 2000 fue el año de su *Lingüística aimara*. El 2006 entregó *El Chipaya o la lengua de los hombres del agua*; y este mismo año de 2013, su colección titulada *Las lenguas de los incas: el puquina, el aimara y el quechua*. Esta labor se ha realizado de la mano de una minuciosa evaluación de las variedades conservadas de estas lenguas y de sus fuentes documentales coloniales y republicanas. A su vez, este proceso de investigación ha ido acompañado de una fructífera labor formativa de discípulos en las aulas y en el trabajo de campo.

El largo y paciente proceso que han requerido todas estas contribuciones al conocimiento de la historia lingüística de los Andes constituye, en mi opinión, la mejor explicación del interés del Dr. Cerrón-Palomino por la obra del Inca Garcilaso. Pues, aparte de que estoy convencido de que el profesor Cerrón-Palomino sucumbió al hechizo de los escritos y de los argumentos del Inca Garcilaso, el esfuerzo de este por leer e interpretar el pasado de los incas, que llevó a cabo con las herramientas de su época, es una labor semejante a la del profesor Cerrón Palomino. No es de extrañar, entonces, que el profesor Cerrón-Palomino

---

1 Véanse las referencias bibliográficas pertinentes al final de este ensayo.

explore la obra de Garcilaso con todo el rigor conseguido luego de tantos años de paciente reconstrucción de las lenguas de los Andes (que lo han convertido en la primera autoridad mundial en materia de lingüística y filología andinas). En este marco, la exploración de la obra del Inca le brinda un sentido de continuidad y confianza en la tarea de reflexión histórica y lingüística de la que Garcilaso fue uno de los pioneros.

En lo que concierne al libro, me detengo en señalar que ese conocimiento exhaustivo y renovador del estudio de las lenguas andinas es precisamente la fuente de la que emana la interpretación de los aspectos filológicos y lingüísticos de la obra del Inca Garcilaso. Nadie como el profesor Cerrón-Palomino hubiera podido llevar a término esta compleja y delicada tarea. Su solvencia se refleja en la mirada sistemática e integradora de las páginas de los *Comentarios reales* con sus variados referentes lingüísticos. Se plasma también en la habilidad única para interpretar las etimologías del Inca al modo de un palimpsesto para usar una comparación con la que el profesor Cerrón-Palomino gusta de caracterizar su reconstrucción etimológica. Así en muchos casos, partiendo de una aparente base quechua subrayada por el Inca o de una atribución suya a la lengua secreta de los incas, el profesor Cerrón-Palomino procede a desenterrar las capas lingüísticas escondidas ubicándolas en el tiempo, asociándolas y filiándolas con las otras lenguas de los Andes en particular con el puquina.

Vuelvo a la mención del título de *Tras las huellas del Inca Garcilaso* y me ciño al sentido primario que eligió el Dr. Cerrón-Palomino, es decir, el de escudriñar y perseguir los caminos intelectuales que recorrió el Inca. El estrecho vínculo entre lengua e historia en la obra de Garcilaso, especialmente en la primera parte de los *Comentarios reales*, es un consenso de la crítica. Desde que en 1963 el investigador José Durand asociara los escritos del inca con la comunidad de intelectuales andaluces que habían producido sendos libros de exégesis bíblica y filológica, incluso con el mismo título de comentarios, la investigación garcilasista ha destinado importantes estudios a identificar las relaciones intelectuales que mantuvo Garcilaso con varios de estos intelectuales amigos suyos y a sopesar la presencia de esa filología en la tesis argumental de

los *Comentarios reales*. Cerrón-Palomino conversa plenamente con sus predecesores en esa materia.

A este respecto, ¿cuál es la contribución de este libro en esa línea de estudios? El profesor Cerrón-Palomino ha llevado a un extremo sin precedentes el examen de las secciones gramaticales de los *Comentarios reales* y de los criterios con que el Inca censura los errores hermenéuticos de los cronistas españoles. Como no había hecho antes ningún garcilasista, Cerrón-Palomino consiguió sistematizar las observaciones lingüísticas del Inca Garcilaso. Además de ajustar con extrema precisión las referencias del Inca, su aporte, sobre todo, ha dado lucidez para comprender la racionalidad subyacente a las observaciones idiomáticas del Inca que se ofrecen como *disiecta membra* al lector común de los *Comentarios reales*. El autor ha restaurado el diálogo de esos pasajes con los dialectos quechuas coloniales y con los esfuerzos de codificación que los gramáticos españoles y mestizos del quinientos habían realizado antes de y durante la época en que Garcilaso escribía sus libros. Cabría decir que el profesor Cerrón Palomino no solo ha logrado dar el paso que la crítica anterior había simplemente señalado sino que, en muchos sentidos, le ha prestado un gran servicio al propio Inca Garcilaso. Me refiero a la certera exégesis de los términos que acuñó el Inca Garcilaso para describir la sustancia sonora de las palabras que comentaba y superar la falta de precisión que veía en las ortografías de la época: pronunciar algunas sílabas como el cuervo, otras como la urraca, otras en los labios, en lo alto del paladar, en lo interior de la garganta o en las fauces. El profesor Cerrón-Palomino ha establecido minuciosamente la correspondencia de cada una de estas expresiones garcilasianas con los distintos órdenes y modos articulatorios del quechua, ha determinado que el conjunto de características aludidas por el Inca solo pueden explicarse en relación con el quechua colonial del Cuzco y ha mostrado la contribución de Garcilaso frente a los otros gramáticos que, entrampados en las alternativas de suprimir los detalles articulatorios de la lengua a fin de crear un alfabeto capaz de transcribir varios dialectos quechuas de entonces, habían condenado a la invisibilidad las características fonéticas que Garcilaso contrastiva y verbalmente restituía. El resultado de ese trabajo constituye una notable contribución que ha aireado las operaciones que realizó el Inca al concebir sus glosas

gramaticales y que ha determinado que el Inca Garcilaso solo se detenía a comentar la lengua cuando notaba que el lector estaba en riesgo de confundir una palabra quechua con otra.

A nosotros, sus lectores, el trabajo del profesor Cerrón-Palomino nos da por vez primera una segura interpretación del sentido que el Inca consignó en esos pasajes. Esos artículos, que ahora componen los dos primeros capítulos del libro, han ganado ya carta de clásicos de la crítica garcilasista. Lo afirmo a partir de las bibliografías de los trabajos de los profesores José Antonio Mazzotti y Carlos Garatea que me acompañan en esta mesa y las de numerosos colegas del Dr. Cerrón-Palomino cuya presencia compruebo en esta noche de celebración.

Reitero que es también un importante aporte de este libro el haber correlacionado los escritos del Inca con las codificaciones coloniales del quechua. Este trabajo demuestra que, en 1596, cuando Garcilaso optó por abandonar la ortografía quechua con que había transcrito las voces que puso en el prólogo a su traducción de los *Diálogos de Amor* de León Hebreo y adoptó, en su *Relación de la descendencia de Garci Pérez de Vargas*, la ortografía definitiva que llevaría a los *Comentarios reales*, el Inca estaba pasando de la ortología acuñada por Domingo de Santo Tomás en la década de 1550 y publicada en 1560 al canon ortográfico elaborado por comisión del Tercer Concilio de Lima en cuya codificación el historiador mestizo Blas Valera, autoridad del Inca Garcilaso en materia de historia incaica, desempeñó diversos roles como traductor y coordinador de la gramática quechua que inauguró la terminología que adoptaría Garcilaso en sus *Comentarios*.

Los hallazgos de este libro no se agotan en las observaciones que venimos realizando. Resulta única la identificación minuciosa de las palabras y expresiones que Garcilaso, encerrado en su quechua del Cuzco, atribuía a la lengua particular y secreta de los Incas. En consonancia con su proyecto de estudiar todas las lenguas andinas del pasado y del presente que mencionáramos anteriormente, el profesor Cerrón-Palomino no podía dejar pasar las menciones de Garcilaso a esta enigmática entidad lingüística. Así, tras rastrear otras informaciones

independientes de Garcilaso sobre esta lengua en las crónicas de Cantos de Andrada, Martín de Murúa y Bernabé Cobo, el profesor Cerrón-Palomino analiza rigurosa y exhaustivamente cada una de las palabras asociadas a esta lengua y desbroza las remodelaciones que estas voces sufrieron al adoptar los rasgos del quechua y del aimara para finalmente pronunciarse a favor de la hipótesis de identificar al puquina como la lengua particular a la que se refieren Garcilaso y los otros cronistas. Así, no hay un solo elemento léxico en los *Comentarios reales* que no haya pasado por el examen filológico del Dr. Cerrón y que no apoye esa fuerte aseveración —la de identificar al puquina con la lengua secreta— que es una de las piedras de toque del libro.

Finalmente, el trabajo del profesor Cerrón-Palomino al ir en pos de las huellas de Garcilaso descubre a los investigadores numerosos derroteros por seguir. La obra del Inca Garcilaso es multifacética y esconde numerosas aristas que exigen la concurrencia de múltiples saberes y disciplinas para entenderla. Desde la lingüística y la filología, el profesor Cerrón-Palomino nos allana el camino para comprender la lógica de las decisiones que Garcilaso tomó al adoptar el método de historiar que compartía con sus interlocutores y corresponsales. Los análisis del profesor Cerrón a los que me he referido más arriba constituyen la mejor plataforma para asociar al Inca con el pensamiento lingüístico y gramatical de su época. Por ejemplo, la reconstitución del profesor Cerrón-Palomino de la terminología acuñada por el Inca para describir las particularidades de los sonidos —o como Garcilaso diría letras o sílabas— permite apreciar que en sus observaciones fonéticas el Inca procedía considerando grupos de sonidos y no fenómenos aislados de la lengua. Es esa identificación la base más sólida para apreciar la comunidad de criterios que lo unían con el pensamiento lingüístico de Bernardo de Aldrete o de Blas Valera. Amparado en las premisas teóricas de la ley natural y el *Ius Gentium*, el inca escribe una historia a la romana que lo une a las indagaciones históricas y anticuarias de sus interlocutores andaluces. Una dimensión importante de esta comunidad de intereses es el tratamiento de los nombres de lugar. En la correspondencia inédita de los amigos de Garcilaso, de la que participa el mismo Inca en ocasiones, se discuten las mudanzas de los nombres de lugar a consecuencia de las

conquistas de los romanos. Así, Francisco Fernández de Córdoba, amigo y lector del Inca Garcilaso, en carta inédita conservada en la neoyorquina Hispanic Society of America, le escribe al anticuario Pedro Díaz de Ribas: “los romanos a nombres bárbaros de ciudades y pueblos, sin auerlas hecho colonia, daban otros latinos o por endulzarlos o por mostrar su dominio, y dexar memoria dél con los nombres impuestos a su modo, dícenoslo Plinio en infinitos nombres de nuestra España” (Epistolario de Francisco Fernández de Córdoba, 30r). El profesor Cerrón-Palomino, siguiendo la senda desbrozada por el editor de Garcilaso Carlos Aranibar, muestra los modos en que Garcilaso repetidamente convierte y quechuita los nombres de lugar, incluso aquellos que no tenían origen quechua, según la horma ortográfica del quechua que Garcilaso aplicaba con el propósito de demarcar el territorio de las conquistas incas y aplicar así el procedimiento que Fernández de Córdoba le señala a Díaz de Ribas como propio de los romanos. Tras el análisis y la restauración lingüística de cada una de esas palabras por parte del Dr. Cerrón-Palomino, las operaciones de Garcilaso quedan tan al descubierto que resta solo un paso para identificar las motivaciones de esta historia a la romana que escribe y conocer precisamente las intenciones de las remodelaciones que introduce en las palabras y comprender los puentes que tendía el Inca a fin de dialogar con el circuito de interlocutores que identificaban esos mismos procedimientos en las piedras de Córdoba y en los textos romanos que se encontraban analizando o editando.

Estas son solo unas muestras de la gran contribución de este libro que nos ofrece la visión completa del tratamiento de la lengua que aparece en la obra de Garcilaso, la exacta identificación de los criterios con que el Inca se anima a glosar y a detenerse en unas palabras y no en otras, sus innovaciones ortográficas, la naturaleza y procedencia del léxico de la lengua particular de los incas y de los antropónimos de los miembros de la elite incaica con los que se corresponde. En suma, se podría decir que el profesor Cerrón-Palomino en muchas maneras encontró el camino del Inca Garcilaso, lo identificó y nos lo entrega generosamente a sus lectores. Gracias a su labor, tenemos ahora nuevos modos de comprender a Garcilaso, nuevas hipótesis para reconsiderar sus decisiones idiomáticas y, sobre todo, sólidas bases para reintegrarlo en la armazón de su mundo

intelectual. Por todas estas razones, la publicación de este libro constituye una celebración académica por la que hay que agradecer —y mucho— al profesor Cerrón-Palomino. (José Cárdenas Bunsen)